

La transición andalucista

En política se conoce como transición el itinerario que hay que recorrer para pasar, sin rupturas, desde unas determinadas estructuras políticas que se consideran superadas, y desde unas determinadas personas de dirigentes que han capitaneado la etapa anterior, a unas nuevas estructuras, filosofía, política, estrategia y personas de dirección.

El Partido Andalucista, tradicionalmente, ha estado sometido a la "influencia" —digámoslo un poco eufemísticamente— de dos pesos pesados del andalucismo: el fundador del partido y el más carismático de sus antiguos militantes. Que uno y otro tienen méritos más que sobrados para ser reconocidos por la militancia como prohombres del andalucismo, nadie puede ponerlo en duda. Pero igualmente reconoce la militancia que ambos han cometido errores de bulto y que, por ello y por determinadas actitudes personalistas, han llegado a convertirse en auténticos lastres para el desarrollo y la expansión del partido.

Durante los últimos años, el partido ha estado sometido a los avatares de los encuentros y desencuentros de esos dos líderes, y su militancia dividida entre los partidarios o simpatizantes de uno y de otro, entre los cuales se

repartían, naturalmente, los cargos y las prebendas de que el partido podía disponer.

Después de la pelea y expulsión del partido de uno de los dos, decidida y ejecutada por el órgano de dirección acampado bajo la influencia del otro, el partido sufrió una traumática división que pagó en las urnas, como había venido pagando anteriormente otros errores de dirección. El último Congreso trató de poner punto y final a tan aciaga división, y sentó en el sillón de secretario general del partido a un hombre de buena voluntad: Antonio Ortega.

Antonio, al aceptar el cargo, sabía (como los anteriores secretarios generales) que el partido tenía un jefe, que era quien verdaderamente mandaba y a quien el Congreso votó como presidente, y un subjefe, a quien el Congreso nombró vicepresidente y que no se resignaba a desempeñar el papel de segundón. El nuevo secretario general sabía la papeleta que tenía por delante y se dispuso, con la mejor voluntad del mundo, a caminar, con mucha cautela y sin irritar ni alertar demasiado pronto a los dos prohombres, por el itinerario de la transición.

Al día de hoy hay que convenir en que no lo ha logrado. Es más, ha acabado, con justificadas razones para unos, y por razones espurias para otros (de nuevo la

¿Qué podrá hacer el próximo Congreso? A nuestro juicio, sólo una cosa: continuar por el camino de una transición política interna que, si bien es ciertamente difícil, es del todo imprescindible

eterna división de la militancia), pasándose con armas y bagajes al campo de uno y enfrentado críspadamente con el otro. Como ejemplo de lo que decimos, basta leer el editorial del número de septiembre de la revista *Página Andalucista* que edita el Comité Andalucista de la ciudad de Sevilla, con sede en la calle Castelar 9, bajo, de esta ciudad (creemos que no hace falta dar más datos sobre la procedencia de la publicación). Pues bien, ese editorial contiene una verdadera sarta de insultos, invectivas y menosprecios contra los dos candidatos a la Secretaría General que se oponen al otro candidato (el actual secretario general) y, sobre todo, contra el vicepresidente actual.

Ante este panorama, ¿qué podrá hacer el próximo Congreso? A nuestro juicio, sólo una cosa: continuar por el camino de una transición política interna que, si bien es ciertamente difícil, es de todo punto imprescindible. Ya sabemos que lo normal es que se produzca una negociación que evite una más que posible ruptura y se llegue a un acuerdo, quizás cogido con alfileres, porque, por mucho que digan, ninguno de los dos líderes están dispuestos a dejar de "influir" en el partido. Pero se equivocarán todos si se vuelve a nombrar a alguien que no pueda hacer la muy urgente transición.